

## **Perdona pero quiero casarme contigo (Federico Moccia, Italia, 2010)**

Por Jaime Menchén

Aunque se haya consagrado como autor de best sellers románticos, el italiano **Federico Moccia** posee una larga relación con la gran pantalla. De entrada, es hijo de **Giuseppe Moccia, Pipolo**, popular realizador de películas cómicas en los años 60 y 70, y él mismo intentó con poca fortuna hacerse un hueco en el cine y la televisión antes de lograr el éxito con la literatura.

Por ello no debía resultar sorprendente que en 2008 se pusiera tras la cámara para llevar al cine uno de sus libros más conocidos, *Perdona si te llamo amor*, sobre la historia de amor entre un publicista de 37 años, Alex (**Raoul Bova**), y una adolescente de 17, Niki (**Michela Quattrociocche**), adaptación que obtuvo un gran éxito de público y el vapuleo casi unánime de la crítica.

Más de un año después de su estreno en Italia llega su continuación a la cartelera española, de nuevo con el novelista como realizador. Han pasado tres años desde los hechos de la primera entrega, y ahora Niki está en la universidad y la pareja afronta nuevos problemas.

Resulta demasiado fácil criticar negativamente un filme como este, cuya cinematografía es la propia de cualquier teleserie cómica española, con un romanticismo hortera cuya sublimación del amor se basa en declaraciones con letras de neón o con un micrófono ante una multitud de personas.

Sin embargo, Federico Moccia muestra en seguida sus cartas y, lo que es una virtud, pone el acento en el humor. Hace que el desastroso y patético grupo de amigos del novio o que los padres poco convencionales de ella, interpretados en general por buenos actores de comedia, dejen en segundo plano los conflictos inanes de la pareja.

La ligereza con que se abordan las relaciones y se hace avanzar la trama rebaja un poco la sucesión de tópicos, ideas repetidas y planteamientos apenas resueltos que componen el filme. También atenúa la escasa entidad de los protagonistas, cuyo comportamiento arbitrario no evita lo previsible de las situaciones.

Despojada de su aureola de película-suceso, *Perdona pero quiero casarme contigo* aparece como una obra bastante inofensiva que deleitará a su público objetivo y que el resto olvidará en seguida, sin necesidad de darle más vueltas al fenómeno. Quizá lo peor es constatar que, con semejantes elementos, los realizadores clásicos hacían películas excelentes. Pero esa es otra cuestión que no cabe aquí analizar.